

Tras la línea Insomnio, el límite

Sergio González Rodríguez

Siempre me ha parecido que el insomnio es una pugna con fantasmas. Algo visceral y mental, algo en el reverso de mí mismo, algo ni líquido ni sólido, sustancia de pronto visible, de pronto invisible. Un vértigo inmóvil. Una probada del limbo, ese universo entre los vivos y los muertos al que me asomo si el sueño abandona mi teatro de operaciones del deseo y lo ocupan los fantasmas temibles: las preocupaciones y temores irracionales, el antiguo miedo abismal a la noche, las culpas impías.

El insomnio, a mi parecer, ofrece lo contrario de la lucidez y la maravilla, deposita en mi cuerpo por minutos u horas una dosis de la soledad de los moribundos. Admiro a las personas, como Elizabeth Hardwick, que supo reemplazar el sueño con la vigilia nocturna, y escribió un libro donde su mente se ocupa de llenar, con la memoria de lo acontecido días tras día, esos espacios en blanco que abre la escritura desesperada. Lo tituló *Noches insomnes*.

En ese libro dispendioso de convergencias sensibles y exacto como una metáfora unívoca, Hardwick refiere una noche de octubre en el Nueva York de 1973, después de una tarde cálida y plena de smog. En un salón para ciegos del vecindario comienza a escucharse una alarma antirrobo: “sonaba incansable como si mil ambulancias estuvieran cruzando la ciudad a la velocidad del rayo, tronando, silbando, alertando de su misión salvadora. La alarma sonó sin piedad durante una hora. Empezaba a imaginarme a los ciegos, su carne pálida, blanda y azulada, temblando en los pasillos. Mil bastones blancos golpeando, y presos del pánico, perros guardianes gruñendo bajo sus arneses”.

Mi registro del insomnio evoca, por fortuna, algo más digno que el desamparo



de los ciegos aquellos, pero igual de atroz: la desazón amorosa. Noches atrás, soñaba con mi estancia en una casa ajena, o alquilada, o un cuarto de hotel. Muy cansado, llegaba a dormir después de algún viaje. Me metía en la cama, las sábanas y las cobijas hasta el cuello, y soñaba. Venía a mí una adolescente que amé. Ella se presentó tan hermosa y joven como si el tiempo no hubiera transcurrido. Me evadía, y yo moría de deseo por ella. Me dejó en medio de una promesa de vernos pronto. Desperté.

El sueño fue tan vívido que pensé en la vieja conseja: ha muerto ella y vino a despedirse. Mi sueño se interrumpió. Durante un par de horas me revolví en la cama para recuperar el reposo. Cayó una tormenta de ideas inconexas, temores gratuitos, reproches tardíos, recuerdos perdidos que asolaron mi insomnio súbito. Pensé en seres queridos muertos, en la hermosa perrita Noche que supo de la calidez de un techo amoroso (que fui incapaz de darle: sólo fui testigo de ello) después de años de vivir en la intemperie y, un mediodía, tuvo que ser sacrificada para evitar que sufriera más.

Y vi rostros, conjeturas, recurrencias absurdas que, apenas comenzaba a dormir yo, exigían las razones, o las atendiera, o las desgarrara mientras otra ocurrencia vicaria ocupaba su lugar. El cansancio me venció al fin y pude dormir. Y me observé de nuevo en el alojamiento del inicio de la noche: arriba de mí, otro yo dormía en la misma cama inserta en el techo del cuarto donde, abajo, atestiguaba yo la escena. O yo veía dormir a alguien (¿el vecino de arriba?) o era la proyección de un desdoblamiento de mí mismo; o yo era, abajo, el sueño de alguien más, que estaba arriba.

El mayor delito del hombre es haber nacido. La frase parece provenir de un raptó de insomnio, que Pedro Calderón de la Barca supo incluir en *La vida es sueño*. Podría decirse que el insomnio es un paréntesis en el flujo onírico que realza la culpa subyacente a la propia existencia, y que el sueño sabe adormecer también. La vida que incurre en dicho paréntesis, en su atracción ciega, evoca el devenir de los criminales o los abyectos, los erráticos y los toxicómanos.

En el filme *Insomnia* de Christopher Nolan, un detective astuto debe dilucidar un asesinato junto con un compañero, al cual mata por accidente mientras indaga al criminal, quien resultará su contraparte indeseable. La luz solar de aquel confín en Alaska, el nudo de culpas que lo abaten, deja al detective en una zona de alto riesgo donde las pesadillas encarnan en un continuo insomnio.

La obsesión de aquel cineasta con la dimensión onírica y la memoria alcanza una frontera interesante con esa película, que alude a la figura del detective insomne, en una línea narrativa que ha visto, ya



sea en la literatura o en la pantalla, al detective beodo, al detective loco, al detective racional, al detective visceral, al detective vidente, al detective criminal, al detective nigromante, al detective travesti, al detective traumatado, al detective hogareño, al detective moribundo, al detective psiquiatra, al detective lisiado, al detective drogado, al detective matón, al detective abogado, al detective salvaje, etcétera.

El acierto de Nolan en *Insomnia* consiste en convencer al espectador de que, a pesar de toda adversidad, el castigo se cumple. Así como en el ámbito judicial la sentencia implica el fin trascendental de la Ley, en lo policial la detención o muerte del transgresor accede al único acto de fe que vale la pena realizar. Por eso, el detective en sus múltiples figuras suele dormir poco o mal muchas veces.

Los insomnios desatan sueños complicados y dimensiones interpuestas. Antes de pensar que los niños que habitan en el limbo me torturaban con su prefiguración de pensamientos nonatos que los persiguen por los siglos de los siglos, he recordado una música específica que, a mi juicio, presenta cierto parecido con el insomnio, el cual referiré. Una música apasionada, enloquecida, de cauces imprevisibles, lo bastante fiel a sí misma como para reiterarse en forma distinta cada vez, bajo el ritmo de una resonancia sin sosiego y, a la vez, fatigante hasta semejar el aviso de un oleaje que amaina. Una exhalación descendente, una lucidez enneguecida poco a poco que, de pronto, se reanima y crece, intensifica y vuelve a extinguirse, casi siempre, de súbito, por lo que deja un aire de remanso y embriaguez caída.

Franz Schubert, a los 17 años, supo consignar en un lied, “Margarita y la rueca”, el desasosiego de Margarita, enamorada de Fausto, que inspiró la obra de Goethe. Escrito en 1814, ese lied habla de la inanidad de la vida en ausencia del ser amado, de los sentidos que deliran incoherencias, de caminatas errabundas y nostalgia ante la ventana. En la música, las vueltas y círculos estructuran la pieza musical que entrecruza la voz y el piano. Un torbellino en busca de calma. El mito de Penélope se halla en el trasfondo goethiano que retoma Schubert: Penélope teje de día y desteje de noche para ganar tiempo y aguardar el regreso de su esposo ausente. Su insomnio de mujer fiel le permite esperar los veinte años que tardará en volver el ser amado.

La magistral interpretación de Kiri Te Kanawa del lied sólo tiene parangón cuando Khatia Buniatishvili, en plenitud de su feminidad creativa, la melena sobre el rostro hermoso y abstraído, acomete la pieza de Schubert al piano, las manos gráciles y firmes al mismo tiempo, su vuelo que intriga y cobija: al escucharla, quiero pensar que el desvelo de las mujeres proviene del amor. Por eso, las madres velan a sus hijos, a sus enfermos, como nadie puede hacerlo. La mujer que vela trasciende el dolor, intercambia alivio por su insomnio. La pérdida del sueño es una de las grandes adversidades del ser humano.

La privación del sueño se ha usado para experimentos clínicos hasta perfeccionar métodos de tortura psicológica y neurológica, ya sea para sondear los límites de la razón, para consumir interrogatorios contra la voluntad de la persona, intro-

ducir ideas en el subconsciente con el fin de manipular conductas o por simple acto cruel. Cualquiera sabe que si alguien deja de dormir durante un día, su organismo se altera, pierde sentido de la realidad, su conciencia se fragmenta, alucina y escucha voces extrañas, como si padeciera de esquizofrenia. La tercera parte de la población mundial padece de insomnio, y la mitad de ella lo ha padecido alguna vez. Esta fuga de los sueños cobra un estatuto simbólico muy significativo en estos tiempos de enormes, aceleradas, inciertas transformaciones planetarias.

En *Noches blancas*, Fiodor Dostoievsky empleó el tiempo especial de las noches blancas de San Petersburgo, en el umbral entre mayo y junio en el que aparece el sol de medianoche y la oscuridad se niega, para narrar la historia de un desencuentro amoroso entre dos jóvenes. El relato tiene la intensidad casi monomaniaca del propio narrador, si bien se alterna un elemento dialogal para hallar equilibrio dramático.

Se podría leer esa novela breve como el registro de un insomnio específico que debe encarar el despertar del deseo, la inquietud, la esperanza y, por último, la decepción; la peor de ellas: saber que el ser amado corresponde, pero le resulta imposible abandonar su destino con otra persona. Dostoievsky introduce el efecto redentor del perdón y la gratitud: sólo un momento de dicha, ¿acaso eso es poco para toda una vida humana? Desde tal punto de vista, a todo insomnio le sigue un reposo, los fantasmas voraces se extinguen entre la resignación y la sabiduría. La moneda de oro en la mano del mendigo de los sueños. **U**